

BAJO LA MANTA.

DEDICATORIA:

A Edgard Allan Poe que me dejó en mi adolescencia noches en blanco
y a Franz Kafka que me dejó por la misma época noches en blanco y negro.

Deberíamos prescindir de los parásitos...

(Friedrich Nietzsche).

O no.

(El autor).

BAJO LA MANTA.

La curiosidad me mordía como una víbora. ¿Qué ocultaba bajo la manta el anciano tan celosamente? El viejo y gordo constructor había chupado la sangre en derredor, por doquier, hasta en las esquinas de cemento armado: la corrupción era su bandera, la blandía descaradamente al viento sin pudor. El viejo y gordo constructor tuvo un accidente de coche y fue condenado a quedar como un cuatro, doblado en una silla; quizá Dios lo castigó así y luego, no conforme todavía, tuvo que hacerlo doblemente, no sé, y por eso me mandó allí como brazo ejecutor de su sentencia. Hoy en día todavía me pregunto si se puede ser a la vez conejillo de Indias y verdugo. El viejo y gordo constructor rodaba por toda la casa en una reluciente silla de ruedas que rayaba los dos millones de pesetas, una silla de diseño, claro está. El viejo y gordo constructor cubría sus piernas siempre frías como el mármol de Carrara con una manta a cuadros, roja y polvorienta, glauca y polvorienta, con las puntas acabadas en flecos deshilachados.

El toscano y voraz empresario, llamado Miquel Angello, se afincó en el Paseo de la Castellana de Madrid (década de los 80), ya talludito. Debió huir del Fisco italiano, de los Jueces *Manos Limpias*, de la *Tangentópolis*... y comenzó sus singulares andanzas por esta Comunidad. Se atrincheró en una Constructora de la Gran Vía, flirteó con los grandes bancos, malpagó a obreros, proveedores, lampistas, fontaneros, arquitectos... y se sumió en una parsimonia fraudulenta que rondaba el Despotismo Ilustrado... sobrepasándolo, si cabe, y al final, se jubiló tras amasar una inmensa e indecorosa fortuna. A mis ojos..., tras conocerlo a fondo, se fue forjando un **MONSTRUO**.

Yo lo conocí dos meses y medio antes de su brutal muerte, lo anticipo. En el andén de la Estación de Chamartín..., con el traqueteo del tren todavía en el cuerpo, con el humo del viaje flotando todavía, y con las pesadas maletas suspendidas, tirando de mis manos como si me las quisieran arrancar..., vi a un adolescente bien vestido que debía ser de la Moraleja. Pegaba con celo transparente un rectángulo de papel escrito sobre el panel de anuncios de la estación. Era el octubre más frío que jamás había conocido; yo, procedía del sur y la corriente gélida que merodeaba entre las vías me vestía de temblores; también temblaba como una hoja en la tormenta por la inquietud

que me producía llegar a la Capital y no tener refugio reservado y ni siquiera saber dónde estaba la Facultad de Biología en la que me esperaban cuatro años de estudios/delirios. Había postergado mis estudios universitarios: iniciaba la carrera con un cuarto de siglo; los motivos económicos no vienen al caso explicarlos, dilatarían innecesariamente el néctar de la historia. Siempre soñé que podría investigar científicamente, con todo rigor, la Naturaleza Humana y Animal y creí que era el momento preciso de proveerse de estos conocimientos. Aquel rectángulo de celulosa del panel de anuncios, como decía, se despegó por la virulencia de la brisa y salió aleteando, volando como una cándida paloma mensajera..., hasta estamparse sin comedimiento alguno en mi rostro, convulso y acerado. Así enérgicamente la metafórica paloma del cuerpo. Sus alas seguían cimbreado nerviosamente por causa del viento enrabiado y con dificultad me dispuse a leer el contenido de tinta buscando la semántica. La caligrafía era oblicua. Rezaba así: *Viejo paralítico ofrece una habitación con derecho a cocina y baño en el Paseo de la Castellana n.º... a estudiante universitario que le ayude. Sueldo razonable.* Me venía aquello como anillo al dedo. Yo me preguntaba dónde estaría la trampa...

Tomé un taxi, un *Mercedes 190 E* con mullidos sillones de cuero negro en donde te hundías hasta desaparecer..., y me embarqué rumbo a la incertidumbre. Veía a través del parabrisas delantero que la luna llena se había incrustado superficialmente en la tinta de la noche. El implacable cielo nocturno de Madrid apenas se dejó tachonar por unas cuantas estrellas refulgentes... Mi encuentro con el obeso paralítico jubilado fue serio, severo y cortés. Le estreché con firmeza una mano blanda, áspera de estropajo, escamosa de lagarto y redundantemente, expliqué el motivo de mi presencia en Madrid. Miquel Angello, sin dilación, me leyó de un folio apergaminado una lista interminable de quehaceres cotidianos, condiciones que tuve que firmar al pie de la hoja. Me ofreció un sueldo de cincuenta mil pesetas, la mitad por adelantado, un sueldo que acepté, obviamente..., sin remilgo alguno. Me presentó la espaciosa dependencia donde habitaría como si fuera una persona y me dijo que el ordenador estaba a mi disposición sin recatos de ningún tipo.

-El baño, la cocina... utilízalo a tus anchas -le oí decir mientras pulsaba un botón eléctrico zumbón y la silla metálica de ruedas, de diseño, ya lo he dicho, giraba arrastrando por el suelo pulido los flecos deshilachados de la manta. El viejo fofo desapareció tras doblar la puerta de su dependencia, sin mirar atrás, sin más por aquella noche.

Aquello me pareció una lotería. Deshice las maletas con una expresa sonrisa que se reflejó en la luna de un armario enorme. La algazara que me produjo sentirme bajo techo y un baño con sales minerales, me embadurnó de un relax hipnótico. Me sentí plétórico. Ni en mis mejores pensamientos hubiera soñado con un inicio tan placentero en mi primer día fuera de la seguridad del hogar andaluz. Dormí como un bendito.

Los primeros días de mi estancia apenas nos vimos. Salía muy temprano de la casa y me pasaba todo el día en la Facultad de Biología: las mañanas en las clases y las tardes en la biblioteca. Cuando me puse al corriente, suprimí las tardes de biblioteca. Me llevaba los libros que necesitaba para estudiar por las noches y las tardes se las dedicaba al viejo engréido, al completo. Le limpiaba la casa generosamente, compraba la comida y la bebida sin reparar en metales, le daba conversación... Una tarde de la segunda semana el viejo y gordo constructor se enardeció convulsivamente..., se ofuscó conmigo cuando quise arrancarle de las piernas la manta de cuadros, roja y polvorienta, gualda y polvorienta. Empezó a tildarme de energúmeno para arriba en la escala de los improperios.

-¡Hijo de mala madre! -dijo al final como punta de iceberg de sus injurias... rebasando mi límite.

-Sólo quería echarla a la lavadora -mi voz atemperada no estaba exenta de ira-. Mañana me marcharé en silencio -le dije poniendo los cinco mil duros que me adelantó sobre su mesita de noche en un *gesto-farol* acompasado con cara de póquer, de circunstancias.

No dijo nada y me fui a encerrarme desolado en mi cuarto. Enterré mi rostro entre las palmas de las manos pensando que sería el fin de mi carrera universitaria. Pero al poco rato, el viejo solitario rodó chirriante por el pasillo y me volvió a dejar el dinero al pie de la cama.

-No te vayas, por favor... Me da vergüenza enseñar las piernas enclenques y deformadas -mintió con alevosía.

El tema quedó zanjado. Yo no le volví a pedir la manta y él jamás me volvió a incomodar; jamás me volvió a insultar premeditadamente. La jugada me salió bien, pero pasé unos irreverentes minutos sumido en la pesadumbre de la duda. Lo cierto fue... que la escena de la dichosa manta me dejó intrigado, todavía más; su respuesta no me convenció y se abrió en mi mente un interrogante grande como una hoz. No puedo negarlo: la curiosidad me mordía inexorablemente, la ansiedad me arañaba con sus afiladas uñas... ¿Qué escondía bajo esa manta de la que no podía despegarse?...

Sin amilanamiento alguno, el viejo y gordo constructor me contaba por las tardes sus fechorías financieras, sus habilidades como estafador profesional, sus vilezas con los salarios, sus corrupciones de alto *standing*; llegados a este punto, agregaba que yo no tenía por qué preocuparme porque sin mí no podría sobrevivir y que cuando muriera sería capaz de dejarme toda su fortuna. Yo no creía en chances ni en fortunas llovidas del cielo y le escuchaba por piedad cristiana, aunque sus historias me producían interiormente vómitos disimulados, desazón. Su vanidad por haber engañado al mundo era un globo rojo de arrogancia que se hinchaba más y más. En sus ojos de tigre había una amenaza velada, pero también sabía que yo no le denunciaría subyugado por mi carencia económica.

Al principio me contaba sus bajezas con énfasis; luego, con el tiempo, bajaba la intensidad, hasta que fue apagándose como una llama extinta. Yo iba viendo en él una transformación, una metamorfosis física... Aquella noche en la que nos conocimos, él estaba sobre la silla metálica de ruedas grueso como una panocha, inflamado, con elefantiasis. Pesaba cerca de ciento veinte kilos, sus mejillas florecían coloradas y regordetas y sus ojos luminosos brillaban como estrellas de un firmamento de codicia; sin embargo, en las últimas cuatro semanas había adelgazado ostensiblemente, sus mejillas perdieron el color y sus ojos demacrados se anegaron en la cara.

El viejo desvalido, supersticioso como era, temía una posible venganza de un ángel vengador. Lo que ni yo mismo sabía era que el ángel de la muerte podía estar en mi persona.

-No tendrás cáncer -disparé sin piedad a un anciano que no la merecía.

Sonrió para negar con la cabeza.

Durante muchas tardes más, en sus soporíferos y tediosos monólogos, siguió jactándose de haber sido toda su vida un **PARÁSITO** para la sociedad. Se enorgullecía de haber amasado una inmensa fortuna sin dar un palo al agua. Me enseñaba su cartilla en un plis plas, en un abrir y cerrar de ojos, a vuelapluma, como en un juego estúpido: me pareció que había más de ocho ceros registrados. Se vanagloriaba de haber conculcado la ley humana. Y cuando blasfemaba... se vanagloriaba de haber conculcado la ley divina. Para colmo..., afirmaba disfrutar con sus dispendios; afirmaba, en un ejercicio de cinismo puro, en crema, ser feliz recordando sus tropelías y mirando fijamente como un búho los dígitos negros de la cartilla.

Yo le sobrellevaba estoicamente; discernía absolutamente, pero aguantaba como buen esclavo. Ya tendría tiempo de abandonarlo cuando llegase la hora. Combinaba mis apasionados estudios con lo firmado en el Contrato, que él aseguraba que lo había mandado a un notario, no sé si para meterme miedo y que no lo abandonara como a un can sarnoso o para demostrar que en los últimos días de su vida se había vuelto legal, opción que yo descartaba: discrepaba también absolutamente. Mis estudios iban viento en popa; he de reconocer que con ellos me refocilaba en mi particular pasión.

Por aquel entonces estaba realizando un trabajo monográfico para la Universidad que me había absorbido completamente. Trataba sobre los ácaros, del griego *ákari*. Había más de diez mil especies: ácaros marinos, de agua dulce, terrestres... Esos arácnidos que tenían ensamblados el cefalotórax y el abdomen: me parecían un prodigio de la naturaleza. En el laboratorio de la Facultad pudimos ver a través de un microscopio de una potencia descomunal un *Tetranychus Telarius*, parásito de vegetal, y un *Acarus Sirio*, la sarna común y corriente de algunos perros infectados. Investigué hasta la saciedad estos arácnidos de pequeño tamaño y conseguí hacer fotocopias en color ampliadas al tamaño de cartel cinematográfico: el viejo no puso inconvenientes en pagármelas como anticipo de una dádiva navideña. Los ácaros poblaron mi habitación y me sirvieron para *ulteriores* análisis anatómicos.

El viejo Miquel Angello seguía deteriorándose paulatinamente. A veces, interrumpía su monólogo biográfico, torcía el rostro, quebraba el rictus de dolor y ponía ambas manos sobre la manta, ahuecándolas, para intentar aminorar su quejumbre patética e intentaba al mismo tiempo ocultar el *movimiento* extraño que allí se cocía. Yo no hacía ningún ademán de tirar de la manta y él, aún así, me miraba soslayadamente, con recelo, con las venas sanguinolentas marcadas en su cuello, gimiendo contenidamente en la más abyecta de las zozobras. Y con las manos tensas sobre la manta me pareció un vegetal, un criptómago. Segundos después se le pasaba el infierno y se sentía seco, con arena en la garganta, con el paladar acartonado; yo le ofrecía un vaso de cristal con zumo de naranja natural: sus ojos hundidos en el fondo de sus cuencas parecían tornar a su ubicación.

Bajo los cascos de los caballos me sentía al fulminarse el mes de noviembre. No sé por qué me entró el resquemor, más bien el temor, de que el desvalido carcamal me quisiera llevar a la tumba con él. Me dio por pensar que en cualquier momento me pediría que lo acompañase en su viaje eterno al *más allá*, por las buenas o por las malas. Que la Muerte se le acercaba... no había que ser médico para detectarlo, pero que iba a ser de aquella manera tan salvaje, ni yo lo hubiera creído. Y que su muerte iba a estar en mis manos, como ya he dicho abiertamente, menos.

Urgido el anciano por la desgracia, una de esas tardes irrumpió en mi habitación y se mostró más locuaz que de costumbre. Sus confidencias, en un principio, me parecían falacias..., más fruto de su imaginación fantástica que de la realidad. Yo era de los cándidos que pensaba que adrede y sin motivo, no se puede delinquir, al menos no tan vastamente. Mas..., cuando fue pasando el tiempo, y repetía las mismas fechorías de antaño sin cambiar ni un ápice, ni una coma, sin engrandecer ni empequeñecer su macabro relato autobiográfico, comprendí que se estaba arañando en la piel, escrutándose a sí mismo, proclamando la verdad de su perversidad; una perversidad que le había proporcionado un placer indescriptible, tan grande como el dolor que en el presente le acontecía. Y lo que había bajo la manta tenía..., naturalmente que ver.

-El monopolio, la sombra de la mafia Toscana soy yo -me hizo cómplice de un pensamiento del recoveco de su alma encendida por las brasas del remordimiento-. Me

he reído de los hombres maquiavélicamente y ahora estoy pagando por ello... Dios bien lo sabe –se lamentaba.

No le entendía. Qué quería decir: que le perseguía la mafia realmente en su interior, que la concatenación de hechos malignos del pasado le estaba pasando factura... En los últimos días adelgazó más y más. En su cara se reflejaba el sufrimiento... Una noche que estaba más susceptible que de costumbre..., continuó explicándose, hecho que agradecí sinceramente. Me dijo que unos días antes de mandar poner el anuncio en la Estación de Chamartín había sentido un picotazo en la entrepierna..., como si una jeringuilla le atravesase la uretra, bajo la manta a cuadros, roja y polvorienta, gualda y polvorienta... Intuyendo el punto de partida de su estado degenerativo comprendió que tendría que confesarse para buscar al menos alivio moral; un alivio que jamás antes había necesitado y que yo en un principio no pensaba ofrecerle por voluntad propia. Mientras más hablaba, menos le entendía. Con posterioridad me enseñó una vieja escopeta de caza con la que desde la ventana había disparado alguna vez perdigones a la gente de color. Era un racista asqueroso. Luego me explicó que al llegar a Madrid con sus ansias voraces conoció a una mulatita cubana, una muchachita ingenua que le limpiaba la casa. Se casó con ella. Arruinó su vida durante los tres años que convivieron. Incluso me dijo que la hizo abortar cuando se enteró de que llevaba en su vientre un feto de cuatro meses: no quería dejar herencia a nadie en el colmo de su egoísmo. Poco después la devolvió a su tierra caribeña odiándola sobremanera.

De los labios contumaces y resecos del viejo desnutrido salían espumarajos y serpientes, desfalcos y oprobios, fraudes e iniquidades, ignominias y calamidades. Tanto patetismo me agotaba y aquella noche me marché a dormir dejándole con la palabra en la boca y con un aspaviento de indignación.

Durante un tiempo no volví a escucharle atrocidades. Cuando de nuevo daba ignición a su rosario de maldades me tapaba los oídos y silbaba a Beethoven, cosa que le exasperaba. Alguna noche, cuando lo tomaba en brazos sacándole de la silla de ruedas de diseño para meterlo en la cama sin quitarle la *dichosa* manta..., ponía el rostro compungido y me recordaba la escultura magistral de *Santa Teresa* de Bernini que era el

llanto personificado. A veces se tiraba toda la noche llorando sin que yo acudiese... Su SOLEDAD se debía grabar a fuego y con mayúsculas en su mente.

Faltaban diez días para la Navidad cuando le dije que una muchacha que había conocido en la Facultad me invitó a pasar un fin de semana en su apartamento de Somosaguas. Se lo tomó a mal y me amenazó inútilmente con denunciarme por incumplimiento de contrato. Su exacerbación desaforada no impedía que el viejo deteriorado hasta los extremos, sujetase la manta con ahínco para que no cayese al suelo. Mentiría si dijese que me motivaba más conocer lo que Ágata, la universitaria, escondía bajo la falda que lo que escondía el viejo bajo la manta. A pesar de los espasmos del ya demacrado constructor jubilado... me marché sin una gota de remordimientos.

Lo que sólo iba ser un fin de semana se convirtió en diecisiete días de delirio amoroso. Durante todos esos días me olvidé del viejo esperpento y de la Facultad... embelesándome, endiosando el sexo tormentoso e insaciable de la universitaria. Regresé a casa de Miquel Angello en Nochevieja. Ágata tenía que cenar ese día tan señalado con sus adinerados padres aristocráticos... Cuando entré en la casa supe lo que significaba el silencio absoluto. Temí lo peor... Al cabo de un rato escuché un ronroneo extraño. Mis zapatos estaban clavados en el suelo con lanzas. Me acerqué, no sin dificultad, a la habitación de Miquel Angello. Mi corazón era una bomba de relojería. Vi la silla de ruedas de espaldas a mí y el escaso cuero cabelludo del anciano. Giré la silla de diseño pulsando el botón eléctrico. El rostro cadavérico de Miquel Angello estaba allí, casi exangüe: babeaba una saliva verduzca y sus pupilas se movían nerviosamente pidiendo compasión. El resto de su cuerpo era un esqueleto con jirones de piel adosados indistintamente a algunos huesos, al perverso azar. Al viejo sólo le restaba un hilo de vida. Sentí una angustia vital al verlo agonizar. Las arcadas eran olas putrefactas de carne que me ascendían del estómago. La manta estaba todavía sobre sus piernas y el anciano apenas las podía sostener con sus huesudos dedos: un bulto enquistado se movía misteriosamente para mí, en una danza macabra y sutil.

-Dispara por favor –me suplicó el anciano-. Evítame esta agonía, esta tortura –susurró con labios temblorosos, con la mirada al filo de la perdición final.

Arranqué la manta con rabia, sacudiéndola como una ola. Vomité sangre después de descubrir el contenido de la manta. Bajo la manta habitaba un **PARÁSITO**, una alimaña vampiresa que se alimentaba de la sangre del anciano. Era un *Demodex folliculorum*, lo conocía bien, un ácaro microscópico que había ido creciendo y creciendo hasta convertirse en un gigante que alcanzaba los cien kilos; un ácaro que vive en las glándulas sebáceas de la piel y que había ido chupando la sangre y el alma de aquel otro parásito congénere. Tomé la escopeta de caza del viejo, la apuntalé fuertemente en mi hombro y espeté, sin esperar más, un soberbio trabucazo al monumental arácnido, en la voluminosa entrepierna del italiano. Las paredes de la habitación se estucaron de viscosidades, purulentas y macilentas al tiempo. El esqueleto del viejo Miquel Angello quedó sobre el suelo *decúbito prono*... se parecía al Hombre de Atapuerca.

En la Puerta del Sol sonaron las doce campanadas que anunciaban el nuevo milenio.

Huí de aquella casa como alma que lleva el diablo. Pasó el tiempo. Heredé. Acabé Biología sin explicar mi macabra experiencia a nadie. En mi propio laboratorio hice trabajos de campo; investigué intentando conseguir infructuosamente un ácaro del mismo tamaño que mis ojos avistaron. Mis esfuerzos, al principio, fueron infructuosos. Tal vez erraba en la alimentación que ingerían... **QUIZÁ DEBERÍA ALIMENTAR A AQUELLOS ÁCAROS CON VIEJOS Y GORDOS CONSTRUCTORES CORRUPTOS...** ¡Vaya Hipótesis de Trabajo que me saldría! No, es un dispendio, un descalabro de la razón; no sé... Pensé..., que me gustaría ser un Doctor Jekyll o un biólogo vengador. ¿Por qué no? Trabajaré en una Tesis Doctoral que nadie nunca publicará. Me embarcaré en la diabólica empresa con todo el entusiasmo del mundo... La *bota* italiana me proporcionará la especial materia prima. Viajaré a Roma. Empezaré con la singular tarea. Estoy convencido de los resultados. No tengo tiempo que perder. Sabrán de mí.